

patria de una injusta invasión; los guerreros de 1805 anhelaban verla constituida en la primera nación del orbe. No nos detengamos á distinguir entre semejantes sentimientos, que si es soberanamente noble el correr á la defensa de su país el día que se le ve en peligro, no lo es menos el exponer su vida á trueque de que llegue al apogeo del poder y de la gloria.

Napoleón salió de Boloña el 2 de septiembre dejando ya en marcha á todas sus tropas, y llegó á la Malmaison el 3. Nadie tenía conocimiento de sus determinaciones; se le suponía ocupado en sus planes contra la Inglaterra, y como todo el mundo recelaba de los intentos del Austria, se concebía sin esfuerzo el movimiento de las tropas, y máxime habiéndose anunciado ya el envío de un cuerpo de treinta mil hombres destinado á observar á los austriacos en el Alto Rin.

Como el público no estaba al corriente de los hechos, como ignorara hasta qué punto hubiera podido penetrar la profunda política de los ingleses en la trama de la nueva liga, no cesaba de decir que Napoleón había provocado al Austria ciñéndose la corona de Italia, agregando Génova al imperio, y dando Luca á la princesa Elisa. Todo el mundo le admiraba, todos se tenían por muy dichosos bajo de un gobierno de tanta entereza y de tanta justicia como el suyo; pero se le criticaba su excesivo apego á lo que tan perfectamente hacía, la guerra. Dirigida por un caudillo tal, á nadie llegó á parecerle desastrosa; pero se hablaba del Austria, de la Rusia, de una parte de la Alemania movidas con el dinero de la Inglaterra; no se sabía si esta nueva contienda sería de corta ó de larga duración, é involuntariamente recordaban los ánimos las penas y angustias que vinieron con las primeras guerras de la revolución. Sin embargo, la confianza templaba muy mucho esos sentimientos de recelo, aunque constantemente sonara un ligero susurro de reprobación, hasta llegar á herir con cierto escozor el oído delicado de Bonaparte.

Estas sensaciones dolorosas que atormentaban al público eran más punzantes ante la extrema penuria que padecía el erario, penuria que procedía de diferentes causas. Había persistido Napoleón en su proyecto de no contratar jamás empréstito alguno. «En mi vida, decía él á Mr. de Marbois con fecha 18 de mayo de 1805 desde Milán, en mi vida pondré en circulación vales de ninguna especie.» Efectivamente, el descrédito que produjeron los *asignados*, los *libramientos* y demás especies de papel-moneda, estaba muy presente todavía en todos los espíritus, y no obstante la prepotencia de que entonces gozaba el emperador de los franceses, no obstante el temor que su nombre inspiraba, de seguro no hubiera logrado que le aceptasen una renta de cinco francos por un capital de cincuenta, lo cual habría constituido un empréstito de diez por ciento. Como quiera, de semejante situación surgían embarazos harto graves, pues por rico que sea un país le es imposible llenar en tiempos de guerra todas sus obligaciones, imposible dejar de remitir parte de ellas para el porvenir.

Ya expusimos el estado de los presupuestos. El correspondiente al año XII (septiembre de 1803 á septiembre de 1804) calculado en setecientos millones, sin los gastos de recaudación, se alzó á setecientos setenta y dos. Afortunadamente el desarrollo de la pros-

peridad pública, no interrumpido por la guerra que ese gobierno fuerte sustentaba, había acrecentado las rentas en unos cuarenta millones, figurando por diez y ocho el aumento del padrón y por diez y seis el de los ingresos de la aduana, no resultando por lo mismo sino un *déficit* de algunos veinte millones poco más.

El presupuesto del año XIII (septiembre de 1804 á septiembre de 1805), que finalizaba en esta ocasión, ofrecía alcances todavía mucho más crecidos. Como parte de las construcciones navales estaban ya terminadas, se llegó desde luego á creer que se podría disminuir, y no poco, la suma presupuesta para ese artículo, y aunque el año XII había consumido setecientos sesenta y dos millones, se contó con saldar todas las obligaciones del año XIII con seiscientos ochenta y cuatro millones; mas cada uno de los meses anteriores al presente ajustaba un gasto de cerca de sesenta millones suponiendo por lo mismo un gasto anual de setecientos veinte. Para cubrir ese gasto se acudía á las contribuciones y á los recursos extraordinarios. Las contribuciones que en 1801 rendían un total de quinientos millones, alcanzaban ya en esta ocasión quinientos sesenta sin haber habido aumento en los repartimientos, y sin más que el efecto de la prosperidad pública. Como los tributos ó contribuciones indirectas recientemente establecidas habían producido en este año cerca de veinticinco millones, con otra veintena de ellos más, procedentes de dones voluntarios de los partidos y de los departamentos, convertidos en céntimos adicionales, se alcanzaba una renta permanente de seiscientos millones: importaba pues encontrar la suma de ciento veinte millones para desembarazo del presupuesto del año XIII. En el subsidio italiano se encontraban veintidós millones, pero el español que era de cuarenta y ocho (1) había cesado en diciembre de 1804 á causa de la brutal declaración de guerra con que la Inglaterra acometió á la España; y como ésta iba á servir en adelante con sus armadas á la causa común, descargada quedaba de servirla con sus rentas. El fondo americano, precio de la Luisiana, ya se había agotado, y para suplir á todos esos recursos se le añadieron al subsidio italiano de veintidós millones otros treinta y seis sobre obligaciones nuevas, especie de préstamo cuyo mecanismo queda explicado más atrás; además de eso unos veinte millones en el enajenamiento de bienes nacionales, algunos reembolsos debidos por el Piamonte, ascendientes á seis millones, componiendo un total de seiscientos ochenta y cuatro millones incluso las contribuciones ordinarias, y faltando de treinta y seis á

(1) No tengo noticia de otro subsidio que aquel con que respondieron á la demanda de Napoleón, consistente en tropas y navíos contra la Inglaterra, los señores Ceballos y Azara, é importaba la suma de setenta y dos millones de reales anuales, ó sean diez y ocho reducida á francos, por lo cual se ve que Mr. Thiers calcula tal vez de memoria. Como quiera, región fué ese de mucha substancia, y nuestra historia castigará un día la debilidad, si acaso no otra cosa peor, con que entonces se condujeron aquellos dos consejeros de Carlos IV. Pidió más tarde Napoleón á la España, no ya un subsidio, sino la *gracia de un socorro pecuniario* en su calidad de aliado y amigo que se encontraba en grande apuro de dinero; otorgósele ese *socorro*, importante de veinticuatro millones. Por lo demás digna de reparo es la variedad con que presentan estos hechos y sus causas Thiers, Toreno y Godoy; en mi pobre sentir Godoy es el que los historia con verdad.

cuarenta para llegar á los setecientos veinte necesarios.

De suerte que el atraso del año XII fué de veinte millones, y de cuarenta en el año XIII; pero aún hay más. Como la contaduría no había alcanzado ese grado de perfección en que hoy se la ve descubriendo en un cerrar y abrir de ojos todo su debe y haber, llegaron por fin á encontrarse restos de algunos gastos no satisfechos, y en la recaudación varios descubiertos, con relación todo ello al servicio de los años anteriores, importando un cargo de una veintena de millones. Adicionando, pues, esos diversos alcances consistentes en veinte millones por el año XII, cuarenta por el XIII, y veinte del descubierto que acabamos de notar, en unos ochenta millones se debió calcular el atraso que comenzó á manifestarse después que de nuevo se abrió la guerra.

Varios fueron los medios empleados para atender á ese descubierto. En primer lugar fué preciso empeñarse con la caja de amortización. En esa caja hubieran debido entrar, á razón de cinco millones en cada año, las obligaciones con que se remediaron las necesidades; otro tanto se debió hacer con los setenta millones, producto de los bienes nacionales, poniendo en ella diez anuales, pues que le fueron atribuidos por ley del año IX para compensar el acrecentamiento de la deuda pública; mas ninguna de esas dos partidas tuvo semejante destino, y como aquel acreedor no era demasiado exigente, lo que se hizo fué afianzarle la deuda en predios nacionales. Así, al fin del año XIII (septiembre de 1805) le era deudor el tesoro de una treintena de millones.

Algunos otros recursos se encontraron también con ciertas reformas aplicadas al servicio del tesoro. Si no era grande la confianza que inspiraba el tesoro por lo que corresponde á las rentas, empleados había en ellas que en los límites de sus dependencias la gozaban inmensa. El cajero central del tesoro, establecido en París, y encargado del giro de todos los fondos entre la capital y las provincias, giraba letras contra sí mismo ó contra aquellos de sus corresponsales en cuenta corriente, y todas ellas se pagaban á la vista con una exactitud pasmosa aun en medio de los mayores apuros. Esta especie de banco puso así en circulación como unos quince millones de papel aceptado á dinero corriente.

En una palabra, también salió otro recurso no menos importante de la verdadera reforma con que se acudió al servicio de los recaudadores generales. Como la contribución directa pesaba sobre predios rústicos y urbanos de un valor conocido de antemano, se hacía que aquellos empleados aceptasen libranzas pagaderas puntualmente en sus mismas oficinas, y distinguidas con el título de *obligaciones de los recaudadores generales*. En cuanto á la contribución indirecta, cuyos productos se obtienen de una manera irregular y conforme lo permite el consumo y demás arbitrios á que ella alcanza, preciso era esperar la realización de sus rendimientos, en cuyo caso se giraba papel contra los recaudadores distinguiéndole con el nombre de *bonos á la vista*. De suerte que por este medio los recaudadores podían utilizarse de los fondos del Estado durante unos cincuenta días, lo cual dió margen para que se determinara que en lo sucesivo el tesoro giraría contra ellos por mes anticipado, y representación de las dos terceras partes

del importe cierto de la contribución indirecta (ascendía á ciento noventa millones), quedando la otra tercera en manos de los recaudadores para que pudieran hacer frente á la variación de los ingresos, hasta que por fin viniese á parar al tesoro bajo la forma antiguamente usada de *bonos á la vista*. En unos quince millones se le aliviaba al Estado con acelerar de esta suerte la entrega de una parte de sus rentas.

He ahí, pues, un auxilio de unos sesenta millones con no haber pagado á la caja de amortización lo que se le debía, con la creación de las libranzas del cajero central del tesoro, y con haber acelerado el ingreso de ciertas rentas. Supuesto un déficit de ochenta á noventa millones, unos treinta son los que venían á faltar, y se atendió á ese vacío, ya quedando en descubierto con los abastecedores, esto es, con la famosa compañía de *Negociantes reunidos*, cuyos suministros se les pagaban corrientemente, ya descontando antes de tiempo mayor suma de la que era regular en las llamadas *obligaciones de los recaudadores generales*.

Mas como Napoleón no quería empeñarse demasiado en ese sistema de atrasos, llegó á imaginar, mientras su residencia en Italia, una operación que en su sentir no semejaba en manera ninguna á una emisión de papel. Ya en 1805 no parecían ni restos de los trescientos ó cuatrocientos millones que de los bienes nacionales existían en 1800; y no porque enteramente se hubiesen consumido esos preciosos valores, sino al contrario, porque con el fin de que mejor se conservaran, fueron aplicados á la caja de amortización, al senado, á la Legión de honor, á los Inválidos y á la Instrucción pública porciones que figurando todavía en los presupuestos componían una última resta que entraba en la caja de amortización en descuento de lo que se le debía y no se le pagaba. Concibió, pues, Napoleón el designio de apropiarse de nuevo los predios nacionales, atribuidos al senado y á la Legión de honor, reparando este despojo por medio de rentas en favor de aquellos cuerpos, con ánimo de disponer de tales bienes entrando en tratos con los asentistas. Efectivamente, el senado y la Legión de honor recibieron sus títulos en cambio de los inmuebles que se les tomaban; diéronseles mil setecientos cincuenta francos de rentas en papel del Estado, por cada representación de mil del rendimiento de los predios, balanceando así la diferencia entre las rentas de una y otra especie, y procurando por lo mismo al senado y á la Legión de honor un aumento de dotación anual. Recobrados ya esos bienes nacionales, al instante pasaron á manos de los asentistas bajo un precio convenido, y como éstos tenían necesidad de recurrir á capitalistas que les adelantaban los fondos necesarios, en aquellos inmuebles llevaban los capitalistas una garantía por medio de la cual alcanzaban crédito y se procuraban recursos para continuar el servicio de sus contratos. El manejo de esta operación á la caja de amortización le fué confiado, y ella la que tomó la cantidad suficiente para indemnizar al senado y á la Legión de honor en la renta recobrada por cuenta y á expensas suyas, remunerándola el Estado á su vez con crear á su favor una suma de renta igual á aquella que de esa oficina acababa de desprenderse. Tales fueron los diversos medios, unos legítimos, que así se deben llamar las mejoras introducidas en el servicio, otros desacertados, siendo de



este número el atraso en el pago de las obligaciones dadas á los asentistas, y el recobro de los bienes dados á varios establecimientos; tales, repetimos, los medios que se pusieron en juego para atender al descubierto resultante en los dos años. Nuestra deuda flotante de hoy día, cuyas obligaciones se desempeñan por medio de *bonos reales*, fuera capaz de soportar un gravamen cuatro ó cinco veces mayor (1).

El apuro de todo esto no hubiese sido tan grave á verse el comercio en situación mejor; pero he ahí lo que faltaba. Los negociantes franceses, creyendo en 1802 que la paz marítima había de ser duradera, entraron en empresas harto considerables despachando navíos para todos los países; y la conducta violenta de la Inglaterra que, sin previa declaración de guerra, comenzó á hostilizar nuestra bandera, les causó unas pérdidas incalculables. No fué corto el número de las casas que supieron encubrir sus apuros, y que lograron resistir al primer contratiempo á costa de enormes sacrificios y á favor del crédito respectivo con que se auxiliaron unas á otras; pero el nuevo sacudimiento consiguiente á la guerra continental tenía que acabar de arruinarlas. Ya las quiebras comenzaban á declararse en las plazas mercantiles más importantes, produciendo un trastorno general en los negocios, sin ser esa la causa única de semejante embaraço, sino también la escasez de numerario, pues aun cuando comenzó á circular en cuanto los *asignados* fueron abolidos, no fué en cantidad suficiente, y esto por una razón que se comprenderá fácilmente. No obstante el descrédito en que cayó el papel-moneda desde el primer día de su emisión, todavía vino supliendo en parte el metálico para ciertos cambios, y alejó de la Francia una cierta suma de dinero. De repente renació con el consulado la prosperidad pública, pero no fué tan duradera como era menester para atraer al país el oro y la plata que de él había salido, echándose de menos en toda suerte de transacciones, y no pensando entonces el comercio sino en dar con los medios de encontrar dinero. El banco de Francia, que había llegado á un desarreglo tan rápido procurando con sus billetes perfectamente acreditados un medio de suplir la falta de numerario, ese banco (2), decimos, apenas podía mantener en caja el metálico de que había menester para balancear las cantidades representadas por su mismo papel, no obstante los esfuerzos tan laudables que con este objeto hizo y la enorme suma de pesos fuertes que supo sacar de España (3). Por desgracia, ya que pare-

(1) Como que esa y todas las demás rentas de la Francia han adquirido el grado de importancia que Thiers pretende deducir de sus consideraciones rentísticas. ¿Los mil millones y pico que dejó el imperio, no llegan hoy día á diez y seis mil? (N. del T.)

(2) Inmensos han sido los servicios de este establecimiento, sobre todo los que cumplió en los tiempos borrascosos en que tuvo principio. Ya en 1808 quedó consagrada su organización por medio de una ley que le otorgó el privilegio de la emisión de billetes, elevando su capital á cuarenta y cinco millones en quince mil acciones de mil francos cada una. No más de una veintena de años ha necesitado para ver la enorme suma de doscientos treinta y nueve millones de francos en billetes puestos en circulación, y doscientos sesenta y seis millones en metálico: su reserva metálica era en 1828 de doscientos cuarenta, y para formar una idea aproximativa de las operaciones de ese establecimiento baste decir que en un solo día (el 31 de diciembre de 1825) tuvo de descontar veintidós mil títulos de toda suerte de valores. (N. del T.)

(3) No mas que á ese precio se nos da á los españoles el in-

ciera entonces una vía de importación para el metálico, no fué sin cruzarse con otra de exportación, cual era el pago de los artículos coloniales. Anteriormente, es decir, en los años 1788 y 1789 cuando aun éramos poseedores de Santo Domingo, la Francia sacaba anualmente de sus colonias unos doscientos veinte millones de francos en azúcares, cafés y otros productos, no consumiendo sino de setenta á ochenta, y exportando por lo mismo hasta ciento cincuenta particularmente en azúcar refinado. Si atendemos, pues, á la diferencia de los precios entre aquellos tiempos y los nuestros, que lo menos resulta en doble importe, al instante se advertirá cuán inmenso era el manantial de prosperidad que se encontró agotado. Era preciso que fuéramos mendigando á los extraños, que recibiéramos de manos de nuestros mismos enemigos los artículos coloniales que veinte años antes vendíamos nosotros á toda la Europa. Así gran parte de nuestro numerario iba á parar á Hamburgo, á Amsterdam, á Génova, á Liorna, á Venecia, á Trieste, en pago de los azúcares y del café que los ingleses ponían en aquellos mercados por el comercio libre, ó ya por contrabando. Enviábase á Italia mucho más de los vendidos millones que este país nos pagaba, y de semejante situación todos los mercaderes de la época se quejaban, siendo además en el banco un objeto de continuas discusiones entre los negociantes más ilustrados de la Francia.

Habituada estaba la Europa á pedir á la España los metales preciosos. Esa nación célebre que debió á Colón algunos siglos de una rica y fatal ociosidad con las minas de la América, se había endeudado y empobrecido á fuerza de ignorancia y desarreglo (4). Los males de la guerra, juntos á los de una desacertada administración, tenían entonces á la España más apurada que lo que estaba ninguna de las otras potencias, y ofreciendo *el triste espectáculo del rico reducido á la miseria*. Los galiones, detenidos por la marina inglesa, no llegaban á los puertos de la España ni á ninguno de los del conti-

significante título de amigos; pero pronto vamos á ver las muestras de la gratitud francesa, que en esta parte también Thiers es francés. (N. del T.)

(4) ¡Cosa original!... *Ignorancia, desarreglo, potencia que se muestra siendo espejo fiel del rico reducido á la miseria*... Más sencillo hubiera sido decir que las deudas y la pobreza de la España provenían de su demasiada generosidad con vecinos menesterosos y pedigueños, entre otros la Francia, como el mismo Thiers nos ha dicho más atrás. ¿A qué pues recurrir á ese pueblo ignorante pidiéndole auxilio; ¿á qué ir á la casa del pobre buscando las talegas de duros; ¿y es esa la gratitud francesa? Si Thiers hablara con menos francesismo, de cierto hubiera dicho aquí que mientras la Francia carecía de dinero y de crédito anunciándose su comercio en una quiebra general, la *ignorante* España completaba una amortización de más de trescientos millones en su deuda, como puede verse en los estados oficiales de aquella época; que entonces valía nuestro papel 85 y 90 por 100; que todas las obligaciones del Estado iban pagadas incluso los atrasos; que las quiebras eran raras; que el Estado tuvo medios para aplicar muchísimos millones á una horrosa inundación, á enfermedades y epidemias terribles; en una palabra, que á esa potencia *pobre y endeudada*, á esa recurría el gobierno imperial, pidiendo, *suplicando humilde* por el órgano, ora de Luciano, ora de Saint-Cyr, ora de Beurnonville, etc., mientras que ese mismo gobierno mandaba con arrogante imperio en todos los demás gabinetes de Europa. Como quiera, digna de mayores miramientos es la España, ya que el consulado y el imperio le arrancaron injustamente tantas y tan amargas lágrimas; ¿pero pueden darnos cosa mejor los franceses entre el humo de sus glorias con traza de calamidades? (N. del T.)

nente. El gobierno peninsular tenía prohibida la exportación de los pesos fuertes; pero la Francia los sacaba por contrabando (1), merced á la larga extensión de vecindad territorial que procuraba igual manejo á los países fronterizos con el nuestro para arrancarnos en distintas ocasiones ese mismo metálico. Tan arraigado, tan á cara descubierta se hacía ese verdadero *matute* como pudiera hacerse el comercio lícito, y sin otro estorbo ni contratiempo que los consiguientes á la interrupción notada en los arribos de la América; siendo lo raro que hasta la misma Inglaterra se presentaba de esa interrupción, porque acostumbrada á socorrerse de las arcas de la Francia y de la España, necesariamente había de entrar á parte en la escasez común que su propia conducta motivaba. Ni Cádiz, ni Bayona, ni París, ni Londres recibían ya remesas de dinero; éste quedaba atesorado en las oficinas de los gobernadores españoles de Méjico y del Perú; y la Inglaterra carecía de numerario para todas las necesidades, sobre todo para pagar á la liga europea, pues los artículos coloniales y las mercancías que suministraba, ya á la Rusia, ya al Austria, no alcanzaban á cubrir el importe de los subsidios que se comprometió á pagarle. De esa excusa echó mano el mismo Pitt para rehusar á las potencias coligadas una parte de las sumas que le reclamaban. Por fin el gabinete británico, á más de dar casi de balde á la liga inmensos cargamentos de azúcares y de café, le envió en lugar de dinero billetes de banco de Inglaterra; puesto que luego se encontraron algunos de estos billetes en manos de la oficialidad austriaca.

Esas eran las causas de la penuria mercantil y rentística. Si la compañía de *Negociantes reunidos*, encargada entonces de cubrir todas las atenciones del tesoro, del suministro de los víveres, del descuento de las *obligaciones* y del subsidio español, no atendiera sino al servicio de su propio empeño, de cierto hubiese salido de él airoso aunque no sin grandes esfuerzos. Ya no había quien quisiera tomarle las *obligaciones de los recaudadores generales*, ni aun con descuento de 1/2 por ciento mensual (6 por cierto al año), y gracias si daba con capitalistas que se las admitiesen á 3/4 por ciento mensual (9 por ciento al año), operación que la exponía á una pérdida enorme. Sin embargo, como transigiera con ella el tesoro, y como la indemnizara de la usura que con ella ejercían los capitalistas, ese medio le habría facilitado la continuación en el cumplimiento de su servicio; sólo que su principal director, Mr. Ouvrard, vino á descubrir en lo apurado de esa situación las bases de un plan colosal, plan muy ingenioso, plan de ventajas ciertas, si con el mérito de la invención llevara el mérito más necesario aun de la exactitud del cálculo (2). Ya se ha visto que la contratación ó compañía de *Negociantes reunidos* estaba dirigida por tres individuos, á saber: Mr. Desprez, antiguo cobrador enriquecido con admirable habilidad en el comercio de papel y encargado ahora del descuento de los valores del tesoro; mon-

(1) No hay vergüenza en confesarlo; pobre y endeudada sigue la España, ¿pero puede enriquecerse mientras el pueblo español y su gobierno no se decidan de una vez á quemar públicamente lo que por el Pirineo y Gibraltar meten y sacan los contrabandistas franceses é ingleses? (N. del T.)

(2) Pues harto ha probado de *aritmético* ese famoso especulador; no hay sino leer su biografía para convencerse de que siempre supo contar bien. (N. del T.)

sieur Vanlerberghe, muy entendido en el trato de los granos, y sobre quien pesaba el suministro de los víveres; en fin, Ouvrard, el más arrestado de todos ellos, el más fecundo en recursos y que se había reservado el giro de las grandes especulaciones, ese Ouvrard que aceptó de la Francia los títulos con que la España pagaba su subsidio, y que prometió pagarles en dinero efectivo para pasmo y no poca complacencia de Mr. de Marbois, había caído en la idea de entrar en relaciones con la España, esa soberana de Méjico y del Perú, de cuyas manos salían los metales, objeto de la codicia universal. Pasó á Madrid con esa idea, encontrando allí un gobierno no poco afligido entre los desastres de la guerra, los estragos de la fiebre amarilla, los de una espantosa escasez y las exigencias de Napoleón, de quien era deudor (3), cosas todas ellas de muy poco importe en sentir de Ouvrard, cuya facundia y desenfado así encantaron á las *pobres gentes* (4) que reinaban en el Escorial, como había encantado á Mr. de Marbois procurándole recursos que ese ministro no había sabido encontrar. Ofreció en primer lugar el medio de pagar á la Francia el subsidio vencido en fin de 1803, con más el correspondiente á todo el año de 1804 (5), remedio de mucho consuelo y ofrecido con mucha oportunidad. A más de eso también aprontó algunas sumas con las cuales pudo llenar la corte sus primeras necesidades, comprometiéndose en seguida á poner en los puertos de España cargamentos de cereales y á procurar á la armada española los mantenimientos de que carecía. Aceptáronse esos servicios con muestras de la más señalada gratitud, y Ouvrard escribió inmediatamente á París contando con el favor que Mr. de Marbois le dispensaba, y obteniendo de él el permiso que de ordinario se rehusa á todo el mundo, esto es, el dejar salir de Francia para España algunos navíos cargados de trigo (6). El repentino arribo (7) de estos cargamentos dió por tierra con el monopolio ó la logrería que entonces se ejercía con los granos en los puertos de la Península, cesando por lo mismo la carestía como precedente no de la falta de cereales, sino de una elevación ficticia en los precios, remediando así como por encanto las terribles necesidades del pueblo español, cosa que bastaba y sobraba para que Ouvrard se granjeara la entera confianza, el albedrío de los incautos administradores de la España.

Es natural preguntarse uno á sí mismo cuáles eran los recursos con que la corte de Madrid entendía poder pagar á Mr. Ouvrard los servicios que de él acababa de recibir. El medio era muy sencillo. Ouvrard pretendía

(3) No hay sino ver el origen y texto del subsidio para reconocer cuán exacta y acertada es la aplicación de este adjetivo. (N. del T.)

(4) Menos desdén importa esa calificación que el que disparara Thiers contra el gobierno español de aquella época. (N. del T.)

(5) Lo que importaría según Thiers la enorme suma de noventa y seis millones, cuando asegura Godoy en sus Memorias que debíamos entonces á la Francia por el subsidio de los años 1803 y 1804 solos treinta y dos millones de reales. (N. del T.)

(6) Y con condición de que por cada fanega habíamos de pagar diez y seis reales de derecho sobre los precios corrientes Thiers no quiere hacer mérito de esta generosidad francesa en alivio de la *endeudada*, de la *pobre*, de la *ignorante* España. (N. del T.)

(7) El príncipe de la Paz dice en sus Memorias (tomo IV, página 14) que aun antes que llegase ningún barco del surtido de Ouvrard, comenzó á verse trigo en los mercados como por encanto. (N. del T.)